

## *Discurso de aceptación del Premio Nacional de Arte (1992)*

por  
*Juan Orrego-Salas*

Si observo el transcurso de mi vida en relación a Chile —sobre todo en los últimos treinta años—, concluyo que éste ha constituido una cadena de partidas y regresos. Y aun, antes de esto, dos viajes a Estados Unidos para perfeccionar mis conocimientos básicos y otro para consolidar mis tempranas experiencias musicales, uno a Inglaterra y Francia como compositor más establecido, y a Italia para representar mis *Canciones castellanas* en un festival de la Sociedad Internacional de Música Contemporánea, me había iniciado ya en este vaivén y revelado el secreto que había de hacerlo tan singular.

Pero, fue a partir de 1961 —cuando se me invitó a establecerme en Estados Unidos para organizar y dirigir un centro destinado a la promoción y estudio de la música latinoamericana, junto con desempeñar una cátedra de composición en la prestigiosa Escuela de Música de la Universidad de Indiana—, cuando comencé a sentir lo que era Chile en la distancia y en la proximidad, lo que representaba partir y regresar de él. El atractivo de emigrar en busca de nuevas experiencias, de explorar en la distancia provechosa y solícita otros caminos, el desafío de enfrentarse a un medio tan avanzado como el que me abría sus puertas entonces y el privilegio de poder disfrutar tan intensamente de éste, como yo lo he hecho durante mis últimos treinta años en la Universidad de Indiana, lejos de atenuar el atractivo de regresar a Chile, lo ha reforzado.

Cada regreso, aunque breve y muchas veces silencioso, ha sido más que una visita, puesto que acarreaba una carga muy grande de continuidad. La presencia de Chile con que siempre he partido, junto al poder de la ausencia que incitaba el regreso, se la proveían.

Ni siquiera la desazón y tristeza con que vivimos en la distancia el quebranto que afectó a Chile, y del cual felizmente ya hemos salido, lograron usurparle fascinación a mis regresos. Aun entonces mantuvieron su pureza, siguieron siendo como los del amante que se aproxima con el abrazo pronto a recibir lo añorado en la ausencia y el deseo incontenible de palpar nuevamente una realidad preservada en la evocación y el recuerdo.

Hace pocas horas, mientras el avión que nos trajo de Estados Unidos cortaba en su curso rectilíneo el cielo transparente del Norte chileno, comencé a revivir la emoción de otros regresos, enriquecido éste por el motivo que me ha traído hasta ustedes hoy día.

El jurado que me confirió el Premio Nacional de Arte —de acuerdo con el acta que se me hizo llegar—, expresa haber reconocido, junto a muchos aspectos de la obra que me tocara cumplir en Chile, la continuidad de ésta fuera del país. Menciona mis 30 años de docencia en Estados Unidos como parte del más de

medio siglo que he dedicado a esta apasionante labor. También menciona los siete festivales que me cupiera organizar en la Universidad de Indiana, como director del Centro de Música Latinoamericana.

Esto refleja lo que Chile es en el presente; un país que sabe proyectar su imagen más allá de sus fronteras y sabe también recibir lo que otros países puedan ofrecer para enriquecerla. Dentro de este contexto, agradezco especialmente al jurado que acaba de distinguirme con el Premio Nacional el que haya interpretado mi ausencia como presencia y la distancia como adyacencia.

Es por esta razón que pienso que mis regresos no han sido visitas, sino que tramos de un camino que, a pesar de exceder fronteras, explora en profundidad y en total extensión la patria que he aprendido a honrar como la propia, a la que he podido dar y de la cual he recibido, sin sentirme ajeno. Es el terruño donde está asentado el diverso paisaje chileno y también las desiguales y hermosas estaciones que transforman los bosques que rodean nuestra casa de Bloomington, en el Estado de Indiana. Y también incluye otros rincones añadidos en tránsitos más breves, donde se atesora la bella austeridad de Londres, la hermosura de París, la sepia gentileza de Florencia, la guardada hermosura de Roma, el rigor clásico de Múnich, la magia de Praga, la dinámica perspectiva de Budapest, la seducción de Leningrado, la gracia compacta de Dubrovnik, la longevidad de Atenas, ese extenso barrio engastado en la historia de los faraones que es El Cairo, el sortilegio de Río de Janeiro, la elegancia importada de Buenos Aires, el rostro abigarrado de México, la tradición de Quito, junto a la premura desafiante de Nueva York, al orden deliberado de Washington y la atrayente oblicuidad de San Francisco, con todas sus geografías circundantes.

Este es el mundo de mi terruño, donde Chile se hace presente por lo que me ha dado y me ha pedido y porque lo llevo en mi corazón a todas partes.

No son los emblemas patrios ni los himnos los que me identifican con este mundo que poco a poco me he ido juntando. Es la imagen, es el perfume, el calor humano y los ruidos.

En Chile es la cordillera y el mar; son tanto las extensiones sedientas del desierto, como el lago que refleja "el ramo de robles torrenciales", al decir de Neruda, o la solitaria distancia de un "vendaval rechazado" que el poeta observó en la Patagonia.

Chile es mi cuna, es el mundo de mi primera formación, el espacio de mi terruño donde está asentada mi niñez y mis primeros recuerdos; el de mis padres y abuelos, de mis hermanos y mis tíos, es el rincón del que con frecuencia emergen —y me hacen reír—, las jugarretas y bromas del pasado, con primos y amigos, donde están mis maestros, compañeros de curso y colegas con quienes compartí mis primeros sueños de compositor, donde vive un pasado en que floreció el amor por quien desde entonces me acompaña y comparte conmigo este espacio. Chile es el lugar donde nacieron nuestros hijos y el rincón desde donde la tierna presencia de nuestra hija y los suyos incita nuestros regresos. Chile es el lugar de mis años de estudiante de arquitectura y de cuanto le confirió a mi formación de músico y ser humano esta experiencia; es el lugar del Conservatorio Nacional de Música, que en mis tiempos vivía del brazo de la popular y afanosa

calle San Diego, el lugar del primer Coro Universitario —el de la Universidad Católica que yo dirigiera—, del Departamento de Música de esa Universidad, al que tuviese el privilegio de dar nacimiento, del Instituto de Extensión Musical, donde luché por principios que hasta hoy me parecen fundamentales en la música, y es también el lugar del diario *El Mercurio*, en cuyas columnas puedo haber ofendido a algunos —y me pesa—, y estimulado a otros —y me alegra.

Chile es un montón de experiencias que me atrae recordar y de tareas inconclusas.

Estados Unidos es otro espacio en este mundo que me ha ido creciendo. Fue el lugar de mi florecimiento y maduración y el tramo en mi camino en que mis conocimientos se ensancharon y mis dudas fueron resueltas. Fue también el lugar que se adelantó a reconocer el mérito de mi obra, junto con exigirme un constante esfuerzo para poder formar parte —aunque modesta—, de una vida musical de excepcional altura.

Y Estados Unidos ha sido el lugar, en mi vasto terruño, donde a los hijos y nietos que han permanecido allí, se han agregado, con el correr del tiempo, los colegas y amigos que he tenido en Bloomington, cuya generosidad, calor humano y afecto, los sitúa a nuestro lado como parte de una familia muy especial y les asegura nuestro profundo afecto, devoción e intimidad.

También a este mundo que poco a poco he ido juntando —que es mi patria, mi terruño—, han llegado los que han sido mis alumnos; compañeros de ayer y de hoy, y de muchas regiones, aun de aquellas que no conozco.

Me conmueve expresarles el reconocimiento de todo esto, tanto como me emociona el haberme sentido reconocido por el Premio Nacional de Arte que acaba de otorgárseme. Me alegra profundamente que sea Chile, este espacio tan querido y singular del mundo al que pertenezco, el que haya en esta oportunidad reconocido mi contribución a la música y me satisface que sea ahora cuando este reconocimiento me haya llegado.